

Significado simbólico del bosque y del árbol en el folclore

J. Crews

Significados simbólicos adquiridos por los árboles y los bosques durante siglos de existencia humana subsisten en el lenguaje, el folclore y la cultura.

Los árboles y los bosques, probablemente por su gran tamaño y a veces por su longevidad, excitaron vivamente la imaginación de las sociedades anteriores a la invención de la escritura. Tenían vida como los seres humanos y los animales, pero no se movían de un lugar a otro; como las montañas y las piedras parecían inmóviles, pero al mismo tiempo podían cambiar y balancearse. Los bosques tupidos hubieron de parecer misteriosos. Incluso los árboles solitarios, especialmente en un lugar yermo, pueden haber parecido milagrosos si ofrecían alimento a un vagabundo hambriento. Los primeros humanos vieron y tocaron los árboles; los utilizaron para alimentarse, calentarse, abrigarse, vestirse, hacer vallados y barreras, lanzas y arpones; y los quemaron, cortaron o transformaron en numerosos objetos. Sus sombras daban cobijo, camuflaje y escondrijo a personas a uno u otro lado de la ley. Con el tiempo, los bosques y determinadas especies de árboles han llegado a representar conceptos diversos en las imaginaciones de poblaciones que viven en distintos lugares geográficos. La abundancia o la escasez de árboles en una localidad determinada influyó en su imagen y en el papel que se les atribuyó en leyendas, mitologías y culturas.

Este artículo trata de algunos de los significados simbólicos adquiridos por los árboles y los bosques durante los siglos de existencia humana. Está concebido como una exploración general de un amplio tema (simple ojeada a un campo de posible investigación) y no pretende ser histórica ni geográficamente exhaustivo.

BOSQUES, ÁRBOLES Y DEIDADES

Se ha dicho que los árboles heridos por un rayo y consumidos por el fuego, observados por las sociedades prehistóricas, pueden haber dado lugar a la

idea de que los dioses habitaban en los cielos igual que en la tierra (Brosse, 1989; Harrison, 1992). Se ha supuesto que en las primitivas civilizaciones mediterráneas, las primeras talas de bosques fueron «acciones religiosas», porque los pueblos primitivos necesitaban ver mejor el cielo para leer las señales divinas enviadas a los humanos desde un «arriba» abstracto que se identificaba con el firmamento (Harrison, 1992). Así pues, la tala de árboles puede haber tenido como motivo no solo ganar espacio para los asentamientos y la agricultura; también pudo considerarse un gesto necesario para que los humanos conocieran a sus dioses. Con la difusión de la cultura griega, el Imperio Romano, y el resurgir del pensamiento griego en el Renacimiento, puede haberse abierto paso en el subconsciente colectivo, en toda Europa, una asociación de los árboles con una «sombra» espiritual e intelectual y de su tala con la luz de la «ilustración»

Los bosques caducifolios y sus ciclos estacionales de hojas caídas y verdes, o el crecimiento de nuevos brotes en la base o el tocón de árboles quemados o cortados, pueden haber inducido a la gente a ver en los árboles símbolos de una fuerza vital eterna e indestructible.

Árboles y bosques asumieron así características de símbolos divinos, o representaron fuerzas superlativas como valor, resistencia o inmortalidad. Fueron los medios de comunicación entre dos mundos. Algunas sociedades hicieron de ellos tótemes mágicos. Algunas veces se consideró sagrado un árbol particular por su asociación con un santo o un profeta. Los árboles han tenido con frecuencia una gran significación religiosa, por ejemplo el árbol bajo el cual Buda recibió la iluminación y el árbol utilizado para la crucifixión de Jesús. De ahí que, hasta hoy, sean representados a menudo en los ritos religiosos. Otros ejemplos

Artes y tradiciones mbutis: una cultura basada en los bosques

El pueblo mbuti del bosque Ituri en la República Democrática del Congo decora telas hechas con corteza de árbol con imágenes abstractas que expresan la vida, el movimiento, el sonido y la forma de su mundo forestal.

Para los mbutis, cazadores-recolectores del bosque Ituri en el nordeste de la República Democrática del Congo, el bosque es sagrado. Es la fuente de su existencia: su dios, su padre y su santuario. Los mbutis son bamiki bandura, «hijos del bosque», envueltos desde el nacimiento en una rica tradición simbólica que recalca el valor supremo de ndura, o «lo selvático». Los mbutis le hablan y le cantan al bosque con reverencia y alegría. Cantan canciones de «arrastre de hojas» y de «abejas». Las más valoradas son canciones sin letras, simplemente, cantadas para despertar al bosque y alegrarlo con la simple belleza del sonido. Entre las danzas realizadas con fines rituales o por puro divertimento están las miméticas «caza del elefante» y la «danza de la abeja», realizadas ambas para atraer y agradecer la caza y el alimento.

Los mbutis usan vestimentas rituales hechas de corteza de árbol, preparadas por hombres y pintadas por mujeres, en fiestas, celebraciones y ritos de tránsito como bodas, funerales y comienzo de la pubertad. Tanto el paño de corteza pintada que envuelve al niño mbuti al nacer como el túnel de corteza a través del cual los muchachos «renacen» en los ritos de pubertad están concebidos, igual que el bosque, como un vientre o matriz (ndu).

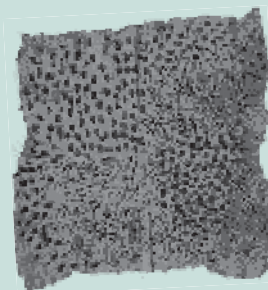
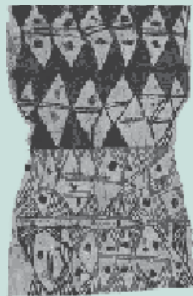
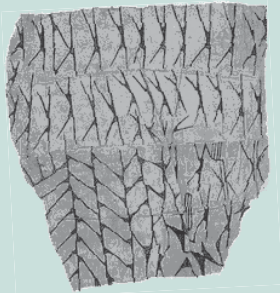
Los hombres preparan el paño de corteza con la capa interior de la corteza de unas seis especies diferentes de árboles. Se machaca con un mazo de marfil o madera en el que pueden haberse tallado estrías cruzadas o lineales para producir una superficie levemente rugosa. El proceso da como resultado un lienzo fibroso flexible con diversos matices naturales de color blanco, canela o castaño rojizo. Con inmersiones en barro se obtienen fondos oscuros rojos y negros.

Las mujeres preparan los tintes y pinturas con múltiples raíces, frutos y hojas que recogen en el

bosque. La pintura se aplica con ramitas, hilos o con los dedos. El complejo proceso de preparar y pintar un paño de corteza es una actividad social, y los mbutis lo aprenden desde niños.

Las pinturas en los paños conceptualizan el mundo de los mbutis; son expresiones abstractas de los estados y las características de los bosques. Las artistas transforman las señales de lo visible (la geometría fractal de los árboles) y lo invisible (hojas plegadas, modulaciones sutiles de sonidos de insectos) en un lenguaje visual único. Las pinturas son testimonio de la percepción mbuti del bosque como centro espiritual y simbólico de su cultura. Las artistas combinan una variedad de motivos biomórficos (mariposas, aves, manchas de leopardo) con formas geométricas que dan una impresión de movimiento, sonido y relieve dentro del paisaje forestal: luz filtrada a través de los árboles, zumbidos de insectos, hileras de hormigas, lianas enredadas. Cuadrículas que quizá representan la piel de un reptil son símbolos de tortugas, cocodrilos o serpientes.

Los «silencios» visuales o vacíos en las representaciones tienen especial valor, en congruencia con las concepciones mbutis del sonido y el silencio. Para el pensamiento mbuti el silencio no es falta de sonido –porque el bosque siempre «habla»– sino tranquilidad (ekimi), ausencia de ruido. Ruido (akami) significa conflicto. El sonido tiene propiedades espirituales y mágicas: es parte integrante del mundo mbuti, no solo como un telón de fondo acústico, sino como medio de comunicación elevada con otras personas y con el bosque mismo.



Fuente: Adaptado de V. Drake Moraga. 1996. An eternity of forest – paintings by Mbuti women. Essay and introduction to the exhibition, Berkeley Art Museum, Berkeley, California, Estados Unidos. Documento en Internet: www.bampfa.berkeley.edu/exhibits/mbuti/brochure.html

son los árboles de cuyas ramas se cuelgan oraciones u ofrendas en muchas culturas diferentes, y el árbol de Navidad, una costumbre que en su forma actual se inició en Europa en el siglo XIX.

En la religión sintoísta del Japón, que santifica la naturaleza, el sakaki (*Cleyera japonica*) es especialmente sagrado. El sakaki tuvo un papel destacado en la historia japonesa de la creación; los dioses extrajeron un árbol sakaki de 500 ramas del monte celestial Kaga; de sus ramas superiores colgaron una cuerda de ocho pies con 500 joyas, de sus ramas medias un espejo de ocho pies de largo, y de sus ramas bajas ofrendas blancas y azules. La diosa Amaterasu se vio reflejada en el espejo colgado del sakaki y fue sacada de su cueva, devolviendo la luz a los cielos y la tierra. Hoy, como evocación del mito, se cuelgan espejos de los árboles sakaki en los santuarios sintoístas. El sakaki es representado como punto central sagrado del santuario dedicado a Amaterasu (Wehner, 2002).

La tradición del bosque sagrado, a menudo asociada al secretismo y a los ritos de iniciación, es común a muchas culturas. Grupos de árboles, o porciones de bosques naturales o plantados, se consideraban distintos del resto e intocables. Muchos de estos bosques mantienen hoy su significación: la Lista del Patrimonio Mundial de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) incluye varios bosques reconocidos como sagrados por sus valores espirituales así como ecológicos. Ejemplos de ello son las Reservas de bosque pluvial del centro-este de Queensland, Australia, que contienen características geográficas consideradas como sagradas por los aborígenes; el Horsh Arz el-Rab (Bosque de los cedros de Dios) en Líbano (véase el recuadro en la pág. 50); los bosques de monte Kenya en Kenya, venerados por los habitantes; y un bosque sagrado

usado todavía por los sacerdotes en las ceremonias del arroz en las terrazas arroceras de Luzón, Filipinas.

IDENTIFICACIÓN HUMANA Y FORMA ABSTRACTA

Por su forma –un tronco central con ramas como brazos y dedos, la corteza como piel– los árboles se prestan a su identificación con la forma humana, y muchas veces se les ha dotado simbólicamente de características antropomórficas, que llevan a vincularlos con símbolos de fertilidad en algunas culturas. En el Cantar de los Cantares bíblico, la mujer amada es descrita así: «Tu talle, como la palmera; tus pechos, como los racimos» (7:8-9); y ella dice: «Como un manzano entre árboles silvestres es mi amado entre los jóvenes. A su sombra deseada me senté y su fruto fue dulce a mi paladar» (2:3).

En varios mitos griegos, doncellas o ninfas perseguidas por dioses pidieron protección a otras deidades y fueron



En uno de los más conocidos mitos griegos de transformación, Dafne para escapar al acoso de Apolo fue transformada en árbol de laurel, como lo ilustró Pollaiuolo en este cuadro del siglo XV

Árboles y ritos de fecundidad

- Entre ciertas tribus nómadas del Cercano Oriente (por ejemplo, en la República Islámica del Irán), las mujeres jóvenes se hacen a veces tatuar la imagen de un árbol en el abdomen para propiciar la concepción.
- En la India, las mujeres cuelgan pañuelos rojos en ciertos árboles cerca de pozos para conjurar la esterilidad.
- «Matrimonios» simbólicos entre seres humanos y árboles (la persona toca el tronco del árbol durante cierto tiempo, generalmente varias horas) se han registrado en las regiones de Punjab y el Himalaya en la India, entre los indios Sioux de América del Norte y entre algunas tribus africanas subsaharianas.
- En la India meridional, las parejas esté-

riles plantan a veces juntos el macho y la hembra de un árbol con la esperanza de conseguir así el hijo deseado.

- La frecuencia con que se encuentran en leyendas y cuentos populares árboles padre y árboles madre dio lugar probablemente al concepto de árbol de los antepasados, que ha pasado a la historia como árbol genealógico (Chevalier y Gheerbrant, 1982).

transformadas en árboles. Dafne escapó de Apolo de esta manera; fue transformada en laurel, que Apolo adoptó entonces como su símbolo, decorando su lira con hojas de laurel y utilizándolas como corona. Otras ninfas del bosque en los mitos griegos y romanos fueron Leuke o Leuce, el álamo blanco, amada de Hades; Filira, el tilo, quien dio a luz el monstruo Centauro y deseó cambiar su forma humana por cualquier otra; y Pitís, una ninfa casta perseguida por el dios de los bosques Pan, convertida en abeto o pino negro. La historia de Baucis y Filemón es otro interesante mito de transformación arbórea. Este pobre matrimonio fueron las únicas personas de su aldea que ofrecieron hospitalidad a dos dioses que visitaban la tierra disfrazados de mendigos; en recompensa, no solo fueron colmados de riquezas, sino que se les dio una nueva vida juntos como una encina y un tilo crecidos de una misma raíz.

La identificación de los árboles con el cuerpo humano se ve también en el yoga, el sistema hindú de meditación. En la postura del árbol, por ejemplo, se hace descender el peso del cuerpo para desarrollar un sentimiento de ser atraído

hacia la tierra, mientras que los brazos se extienden como ramas. El propósito de esta postura es infundir un sentimiento de arraigo y de crecimiento hacia arriba.

La mayoría de estos mitos y prácticas sugieren una identificación tácita de los árboles como receptáculos de espíritus o almas, creencia común en muchas culturas. En Australia, los aborígenes warlpiris occidentales creen que las almas se acumulan en árboles y esperan a que pase una mujer adecuada para saltar hacia ella y nacer (Warnayaka Art Centre, 2001).

Los árboles altos y resistentes a menudo han sido identificados con seres humanos valientes o justos; en los textos bíblicos y coránicos se encuentran muchos ejemplos. Un ejemplo contemporáneo es un premio al servicio que se concede hoy en Sudáfrica, la Orden del

En la mitología del antiguo Egipto, los dioses tenían su asiento en un sicomoro, *Ficus sycomorus*, y dos sicomoros gemelos flanqueaban la puerta oriental del cielo



Baobab. El gran baobab, con su amplio sistema de raíces fuertes y sobresalientes, tiene un valor mágico y simbólico para los pueblos indígenas africanos y es un lugar de encuentro y un refugio en las sociedades africanas tradicionales. El premio reconoce las cualidades de vitalidad y resistencia que encarna el árbol (J. Tieguhong, comunicación personal, 2003).

Los árboles han sido también representación de objetos, conceptos abstractos o acciones que se les parecen por su estructura (ramificación a partir de un eje central) o su altura. En muchos idiomas sirven como metáforas en múltiples expresiones (árboles genealógicos o familiares; tronco cerebral, ramas del saber, etc.). Pueden haber sido el origen de la noción de sistemas (circulación; interconexión; jerarquía) (Harrison, 1992). Un buen ejemplo es el «árbol de venas»



El gran baobab, con su extenso y saliente sistema de raíces, tiene un valor mágico y simbólico en África

imaginado por Leonardo da Vinci en el siglo XV como explicación del sistema circulatorio humano. Podría decirse que los árboles suministran estructuras para el propio pensamiento.

EL ÁRBOL DE LA VIDA (O ÁRBOL DEL MUNDO)

El árbol de la vida es un motivo extendido en muchos mitos y cuentos populares por todo el mundo, mediante el cual las culturas trataban de comprender la condición humana y profana en relación con el reino de lo divino y sagrado. Muchas leyendas hablan de un árbol de la vida, que crece sobre el terreno y da vida a dioses o seres humanos, o de un árbol del mundo, a menudo vinculado a un «centro» de la tierra. Es probablemente el mito humano más antiguo, y tal vez un mito universal.

En la mitología del antiguo Egipto, los dioses tenían su asiento en un sicomoro, *Ficus sycomorus*, cuyos frutos se destinaban a alimentar a los bienaventurados. Según el Libro Egipcio de los Muertos, sicomoros gemelos flanqueaban la puerta oriental del cielo del que el dios sol, Re, salía cada mañana. Este árbol era considerado también como una manifestación de las diosas Nut, Isis y especialmente Hathor, la «Dama del Sicomoro». El *Ficus sycomorus* se plantaba a menudo cerca de las tumbas, y se creía que un muerto enterrado en un ataúd de su madera regresaba al vientre del árbol-diosa madre.

A menudo se tomaba el árbol de la vida como el centro del mundo. Se lo veía como unión de cielo y tierra, representación de un nexo vital entre los mundos de los dioses y los humanos. Oráculos, juicios y otras actividades proféticas se realizaban a su sombra. En algunas tradiciones, el árbol estaba plantado en el centro del mundo y era visto como fuente de la fertilidad terrestre y de la vida. Se creía que la

El árbol de la vida que une el cielo con la tierra es un concepto recurrente en muchas culturas. (En la ilustración, un símbolo celta)



vida humana descendía de él y que sus frutos daban una vida eterna; y si fuera cortado, toda fecundidad llegaría a su término. El árbol de la vida aparecía generalmente en novelas de aventuras

Alfabetos de árboles

En la antigua civilización céltica del norte de Europa hay indicaciones de una asociación entre los árboles y la escritura. Los 25 caracteres del alfabeto céltico (*ogham*), usado para inscripciones en piedra y madera, recibían su nombre de un grupo de 20 árboles y plantas sagrados (llamado también *ogham*). Los 13 meses del calendario céltico tenían también nombres de algunos de esos árboles.

Una de las fuentes para conocer la lista de los árboles sagrados y del «alfabeto de árboles» céltico fue un conjunto de poemas relativos a la leyenda *Cad Goddeu* («batalla de los árboles»), en la que los árboles se movilizan y atacan a un enemigo (Graves, 1966).

Los árboles del «orden alfabético» de los celtas han sido identificados por Graves y otros autores de la siguiente manera (algunos de ellos no son realmente árboles): abedul péndulo (*Betula pendula*); serbal de cazadores o capudrio (*Sorbus aucuparia*); aliso común (*Alnus glutinosa*); sauce blanco (*Salix alba* o *Salix fragilis*); fresno (*Fraxinus excelsior*); espino blanco (*Crataegus monogyna* o *Crataegus laevigata*); roble (*Quercus robur*); acebo (*Ilex aquifolium*) o posiblemente encina (*Quercus ilex*); avellano (*Corylus avellana*); manzano europeo (*Malus sylvestris*);

vid (*Vitis vinifera*); hiedra común (*Hedera helix*); caña común (*Phragmites australis*); endrino o espino negro (*Prunus spinosa*); saúco (*Sambucus nigra*); abeto blanco (*Abies alba*); tojo o aulaga (*Ulex europaeus*); brezo (*Calluna vulgaris*); álamo temblón (*Populus tremula*); y tejo (*Taxus baccata*). La hipótesis presentada por Graves respecto al orden de los árboles es que se basa en un orden de manifestaciones botánicas en una zona geográfica determinada (por ejemplo cuando brotan las hojas en primavera o cuando florecen).

Las letras del viejo alfabeto irlandés eran simples líneas horizontales u oblicuas, similares a las runas. Eran fáciles de inscribir y originalmente se tallaban en madera. De hecho, las palabras irlandesas para «madera» y «ciencia» suenan casi igual (Clark, 1995, 2001). Tablillas de haya (*Fagus spp.*) eran el primer soporte de la escritura (en ellas se tallaban las rectilíneas letras rúnicas), y cortezas en láminas muy delgadas se utilizaron para hacer libros primitivos (Rocray, 1997). En efecto, la palabra inglesa *book* (libro) podría relacionarse etimológicamente con *beech* (haya), en inglés y en algunas otras lenguas indoeuropeas.

En la mitología nórdica, el fresno gigante Yggdrasil unía y daba abrigo a todos los mundos



G. MAXWELL

en las que el héroe que buscaba el árbol tenía que superar para ello una serie de obstáculos en su camino.

El Árbol de la Vida de la Cábala (doctrina esotérica medieval del misticismo judío) tenía diez ramas, los Sefirot, que representaban los diez atributos o emanaciones por medio de las cuales lo infinito y lo divino entraría en relación con lo finito. El candelabro ramificado llamado *menorah*, uno de los más antiguos símbolos del judaísmo, tiene relación con el árbol de la vida. La forma de la *menorah* habría sido dictada por Dios a Moisés (Éxodo, 25:31-37); había de tener seis brazos, con copas en forma de flor de almendro, con capullos y flores. En los Proverbios 3:18, se dice que la

sapiencia es «árbol de vida para los que de ella echan mano».

El llamado árbol del mundo, o árbol cósmico, es otro símbolo como el árbol de la vida. Había un árbol del mundo en el Jardín de Edén del libro del Génesis, y esta tradición es común al judaísmo, al cristianismo y al islamismo. Mitos del árbol cósmico son conocidos en los folclores haitiano, finlandés, lituano, húngaro, indio, chino, japonés, siberiano y chamánico del norte de Asia. Los pueblos antiguos, en particular hindúes y escandinavos, imaginaban el mundo como un árbol divino nacido de una sola semilla sembrada en el espacio; a veces estaba invertido (Hall, 1999). Los antiguos griegos, persas, caldeos

y japoneses tenían leyendas que describían el árbol eje sobre el que gira la tierra. Los cabalistas medievales representaban la creación como un árbol con sus raíces en la realidad del espíritu (el firmamento) y sus ramas sobre la tierra (realidad material). La imagen del árbol invertido se ve también en las posturas invertidas en el yoga, en las que los pies se conciben como receptáculos de la luz solar y de otras energías «celestiales» que han de ser transformadas como el árbol transforma la luz en otras energías mediante la fotosíntesis (de Souzenelle, 1991).

Sin embargo, lo más corriente es creer que el árbol cósmico tiene sus raíces en el mundo inferior y sus ramas en lo más

alto del firmamento. Se ha considerado siempre como natural y sobrenatural al mismo tiempo, es decir, perteneciente a la tierra pero de algún modo no de la tierra misma. Entrar en contacto con este árbol, o para vivir en o sobre él, suele significar siempre regeneración o renacimiento de un individuo. En muchos relatos épicos el héroe muere sobre el árbol y es regenerado. Hay también la idea de que el árbol del mundo contó la historia de los antepasados, y reconocer el árbol era reconocer el lugar del individuo como ser humano. Generalmente se pensaba que la madera de este árbol era la materia universal. En griego, la palabra *hylé* significa tanto «madera» como «materia», «primera sustancia» (Pochoy, 2001).

En la mitología nórdica, Yggdrasil («El Caballo del Terrible»), llamado también el Árbol del Mundo, era el fresno gigante que unía y daba cobijo a todos los mundos. Bajo sus tres raíces estaban los reinos de Asgard, Jotunheim y Niflheim. En su base había tres pozos: el Pozo de la Sabiduría (Mímisbrunnr), guardado por Mimir; el Pozo del Destino (Urdarbrunnr), guardado por las Nornas; y el Hvergelmir (Olla Rugiente), fuente de muchos ríos. Cuatro ciervos, que representaban los cuatro vientos, corrían por las ramas del árbol y comían los brotes tiernos. Otros habitantes del árbol eran la ardilla Ratatosk («dientes veloces»), notoria cotilla, y Vidofnir («serpiente del árbol»), el gallo dorado encaramado en la rama más alta. Las raíces eran roídas por Nidhogg y otras serpientes. Según la leyenda, el día de Ragnarok, el gigante de fuego Surt incendiaría el árbol. Otros nombres de Yggdrasil son Bosque de Hoddmimir, Laerad y Caballo de Odin

Los mitos nórdicos cuentan que el dios Odin fue sacrificado, murió y fue colgado de un Yggdrasil. Fue regenerado y volvió a la vida ciego, pero dotado por

los dioses del don de la visión divina.

En el mito de Yggdrasil, el fresno pudo haberse tomado como símbolo del eje del mundo porque la madera de fresno es particularmente resistente y al mismo tiempo muy flexible, curvándose antes que quebrarse. Ciertas sociedades anteriores a la Edad del Bronce hacían sus utensilios y armas con varas de fresno endurecidas al fuego. Por ejemplo en la *Iliada*, el poema épico de Homero que narra la probable guerra del siglo XII o XIII a.C. entre la ciudad de Troya y los atacantes griegos, la palabra griega que significa «fresno» y «lanza» es la misma.

CONCLUSIÓN

Aunque la veneración de ciertos árboles o bosques puede persistir en las tradiciones locales, el culto a los árboles ha desaparecido en su mayor parte en el mundo moderno. Sin embargo, los símbolos que quedan en el lenguaje, el folclore y la cultura nos recuerdan la rica relación entre el pensamiento humano y el mundo forestal. El interés moderno por conservar los bosques es quizás una extensión natural de la lógica de antiguos ritos arbóreos. El bosque sagrado de ayer es hoy una reserva de la biosfera, un patrimonio natural o una zona protegida. Ahondando en el reino de los símbolos podemos muchas veces explicarnos los vínculos entre los antiguos sistemas de valores y las prácticas modernas.



Bibliografía

- Brosse, J.** 1989. *Mythologie des arbres*. París, Plon.
- Chevalier, J. y Gheerbrant, A.** 1982. *Dictionnaire des symboles*. 2ª ed. París, Robert Laffont y Editions Jupiter.
- Clark, C.** 1995. Natural history of the trees

of the Celtic Ogham. *Circle Network News*, 17(2): 12-13.

Clark, C. 2001. *Celtic Ogham*. Documento en Internet: www.csupomona.edu/~jcclark/ogham

de Souzenelle, A. 1991. *Le symbolisme du corps humain: de l'arbre de vie au schéma corporel*. París, Albin Michel.

Graves, R. 1966. *The white goddess*. 2ª ed. Nueva York, Estados Unidos, Farrar, Straus and Giroux.

Hall, M.P. 1999. *The secret teachings of all ages: an encyclopedic outline of masonic, hermetic, qabbalistic and rosicrucian symbolical philosophy*. Londres, Reino Unido, Philosophical Research Society.

Harrison, R.P. 1992. *Forests: the shadow of civilization*. Chicago, Illinois, Estados Unidos, University of Chicago Press.

Pochoy, J. 2001. *Archivue*. Documento en Internet: www.archivue.net/humeurs/humdossier/machin-bois1.html

Rocray, P.-E. 1997. *La symbolique des arbres*. Comunicación resentada en la Tree Society of Quebec. Disponible en Internet: misraim3.free.fr/divers/la_symbolique_des_arbres.pdf

Warnayaka Art Centre. 2001. *Dream trackers – Yapa art and knowledge of the Australian desert*. París, Francia, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

Wehner, K. 2002. Sakaki: sacred tree of Shinto. *Mildred E. Mathias Botanical Garden Newsletter*, 5(2). Documento en Internet: www.botgard.ucla.edu/html/MEBGNNewsletter

Árboles, bosques, creencias y religiones en el África saheliana occidental

E.H. Sène

El bosque de Tannourine, Líbano, donde hasta el 80 por ciento de los cedros fueron afectados por una nueva plaga de insectos.

Es bien sabido que muchos grupos humanos consideran los árboles y los bosques como sagrados y misteriosos. Pero sería un error hacer generalizaciones superficiales, porque las creencias acerca de lo sagrado están íntimamente vinculadas a los valores de cualquier grupo étnico particular. Los poderes sagrados y místicos atribuidos a cada especie arbórea tienen siempre su origen en la observación cuidadosa de las especies y en la experiencia personal respecto a cada árbol o grupo de plantas. Las características observadas de las especies, su relación con otros elementos de la naturaleza –agua, viento, animales– y las características y la apariencia de su follaje, sus flores y sus frutos captan la atención y se transforman en las propiedades, fuerzas y energías que se ven como poder, inspiración o fuerzas ocultas.

Por ejemplo, *Kigelia africana*, un árbol

especialmente productivo, ocupa un lugar destacado en muchas creencias religiosas de las regiones áridas del África occidental, con sus grandes frutos leñosos, semejantes a enormes bolsas que cuelgan del extremo de largos tallos: constituyen la imagen perfecta de la fertilidad. Las madres con hijos pequeños cuelgan del árbol tiras de tela para pedir protección y una prole numerosa. El subconsciente popular ha traducido la exuberante imagen de fertilidad del árbol y la apariencia de sus frutos, que parecen órganos masculinos, en facultades sobrenaturales favorecedoras de la procreación.

El tamarindo, *Tamarindus indica*, con frecuencia próximo a termiteros, está siempre verde. Caracterizado por su madera dura y duradera, sus hojas y frutos ácidos y su aspecto grave e imponente, se lo asocia con la presencia de espíritus y djinns. Respetado y temido, se le han atribuido valores relacionados con la tenacidad. En ciertos casos, su proximidad a las termiteras lo hacen un símbolo de la solidaridad en la adversidad.

Árboles y bosques sagrados existen por todas partes, pero sus significados y orígenes son diferentes. Un árbol o una arboleda pueden tanto marcar el lugar donde se detuvo un antepasado fundador o donde desapareció un patriarca, como ser el hábitat de animales totémicos. Un solo árbol sagrado suele ser un árbol notable, «sobresaliente» en forma o dimensiones, o vinculado a un acontecimiento legendario o histórico. Algunas veces los fundadores o guías de un grupo escogían el emplazamiento de una aldea tras una observación detenida del terreno fijándose en los árboles y en las señales de la presencia de agua y paso de animales. A menudo un árbol o grupo de árboles era elegido como lugar de culto o de acción de gracias a los antepasados.

La elección de especies vegetales para usos medicinales se basa tanto en asociaciones de carácter místico como en una atenta observación. Una planta se toma como medicina no sólo por sus características como amargura, astringencia, gusto u olor, sino también por las fuerzas que parece emitir en relación con su situación, orientación

y asociaciones con otras plantas. Se atribuyen entonces a la planta fuerzas benéficas que parecen realzar la efectividad de sus rasgos bioquímicos, siendo estos últimos los únicos valores que los médicos tomarían en consideración.

Los árboles son también significativos en las religiones actuales como el islam y el cristianismo, pero en África occidental su papel a este respecto está más vinculado a reminiscencias históricas y a la veneración: un santo se detuvo bajo tal árbol para descansar y orar, y el árbol se convirtió así en señal de un lugar de peregrinación y meditación.

Ciertos países han reconocido el valor histórico excepcional o las características físicas de árboles y grupos de árboles y han tratado de regular la protección de este patrimonio. En el Senegal, por ejemplo, un decreto ha establecido un procedimiento para identificar y clasificar árboles notables. Convendría fomentar más medidas de este tipo. La Convención para la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural se enriquecería con tales iniciativas.

Los largos frutos colgantes de *Kigelia africana* han hecho que el árbol evoque la fertilidad



DEPARTAMENTO DE MONTES DE LA FAO/CIH0002629R_FADJITTI